

REVISTA
DE
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Depósito legal: M. 550-1958

Tomo XLV

ENERO-DICIEMBRE 1962

Cuadernos 1.º-4.º

EL MUFLON SARDO EN UNOS VERSOS DE
GONGORA: DIFICULTADES DE INTERPRETACION

Si la poesía de Góngora considerada en bloque, leída de seguido, ofrece, junto a deslumbrantes bellezas, dificultades innegables, examinada más de cerca puede presentar, aunque parezca paradójico, mayores problemas de sentido al perder la melódica sugestión del conjunto. Objeto de este estudio son sólo tres versos y medio de la *Soledad Primera*, que vamos a desentrañar para captar su significado más recóndito, a través de los datos de cultura barajados y de las posibilidades semánticas del léxico manejado por el poeta. Son versos que, al ritmo normal de la lectura, parecen suficientemente comprensibles, pero que, analizados en los hilos de su trama, dejan un tanto perplejo.

Se está refiriendo Góngora a los serranos que hacen alarde de diversas habilidades: uno es el membrudo vaquero —Icaro montañés—, que salta por el aire con gran ligereza, «ágil a pesar de lo robusto»; el otro es un serrano «más adusto», esto es, más curtido que el anterior, y también de ligereza tal

que iguala y aun excede
al ayuno leopardo,
al corcillo travieso, *al muflón sardo*
que de las rocas trepa a la marina
sin dejar ni aun pequeña
del pie ligero bipartida seña (Sol. Primera, vs. 1014-1019).

A primera vista, nada chocante en cuanto al sentido lógico o poético: el serrano tiene tan grande agilidad que supera al leopardo, al corcillo e incluso (para decirlo con palabras de Dámaso Alonso) «al muflón de Cerdeña, animal tan ligero que puede trepar de las rocas a la marina sin dejar ni aun la más pequeña señal de la bipartida pezuña»¹.

Sin embargo, a un lector más escrupuloso podrían surgirle tres dudas:

¹ LUIS DE GÓNGORA, *Las Soledades*. Tercera edición publicada por Dámaso Alonso. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1956.

la primera, sobre ese vocablo *muflón*, que, utilizado en esta obra cumbre de la poesía española, no figura en ninguno de los diccionarios españoles actuales hechos con criterio lingüístico; la segunda, sobre el verbo *trepár*, que en la acepción hoy usual significa «subir a un lugar alto o de difícil acceso valiéndose de los pies y las manos», mientras Góngora habla de un trepar desde lo alto de las rocas hasta la orilla del mar; la tercera, por último, se dirigiría al exacto sentido de la alusión, ya que, al menos lógicamente, no se percibe ninguna relación inmediata entre la ligereza del animal, su capacidad trepadora y el hecho de que al huir no deje marcadas las huellas de sus pezuñas.

Si a estas cuestiones, aparte otras marginales, se da adecuada solución con testimonios claros y convincentes, quedaría garantizado una vez más el dominio del saber de Góngora sobre su propia inspiración. Si así no fuera, habría que deducir que el poeta cordobés, arrastrado por manía de extravagancia formal, no se detenía ante la arbitrariedad léxica o metafórica con tal de deslumbrar al lector. Como veremos, es la primera la única conclusión admisible y —por lo que se refiere a los versos aquí estudiados— más allá de los límites inicialmente imaginables.

1) *El muflón, entre zoología y lingüística.*

Tres caracteres individualizadores, en el orden zoológico, pueden asignarse a la isla de Cerdeña: la carencia de lobos, víboras y reptiles venenosos; el enanismo de ciertas especies comunes, como el caballo y el asno¹, y la existencia, que puede considerarse exclusiva del macizo montañoso sardo-corso, del mamífero rumiante llamado científicamente *ovis musimon*. A este tímido animal, veloz y de potente vista, dotado de fuertes cuernos —sólo el macho— retorcidos hacia atrás, llama exactamente Góngora *muflón sardo*. Vive en manadas guiadas por un macho experto y era cazado por su carne, pero la ley vigente le cuenta entre las

¹ En un curioso intercambio lingüístico el asno es llamado en sardo, con palabra española, *burricu*, mientras nuestra lengua ha adoptado, sustantivándolo, el adjetivo *sardesco* para designar precisamente a estos pequeños burrillos, que debían abundar, a juzgar por la cantidad de veces que se alude a ellos en nuestra literatura del Siglo de Oro. Estos puntos fueron tratados por mí en mi comunicación al VI Congresso Internazionale di Studi Sardi (Cagliari, mayo de 1955), con el título *Scambi letterari ispano-sardi*. Los datos del presente estudio referentes a Cerdeña y a los autores hispanosardos pueden ampliarse con mi libro *España en Cerdeña. Aportación cultural y testimonios de su influjo*, Madrid, C. S. I. C., 1960.

especies que gozan de protección absoluta. Si para unos es de la especie ovina y para otros de la caprina, no faltan quienes le crean híbrido de ambas. Tal cantidad había de ellos que hasta la causa de la malaria, que infestaba la isla, se les atribuyó, por la multitud de cadáveres de estos animales que se pudrían, inficionando el aire ¹.

Pero el nombre de *muflón*, que Góngora le da, no aparece recogido en ninguno de los diccionarios usuales de nuestra lengua, incluidas, en primer término, todas las ediciones del Diccionario de la Academia Española. Y esta palabra ni siquiera consta registrada en obras lexicales de mayor alcance lingüístico, como el *Tesoro Lexicográfico* (1947), de S. Gili y Gaya; el *Registro Lexicográfico* (1951), de M. Romera Navarro; el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (1954-57), de J. Corominas, y la pretenciosa *Enciclopedia del Idioma* (1958), de Martín Alonso. Los diccionarios enciclopédicos, que desbordan los límites de lo puramente lexical, se ven obligados a acoger este vocablo, aunque sea para decir, injustamente, como el Espasa, que *muflón* es el «nombre francés del *Ovis musimon*»; más exactamente, la Nueva Enciclopedia Sopena lo define «musmón, mamífero cavicornio».

Efectivamente, el nombre que se considera normal en español para designar a este animal es el de *musmón*, que usó, quizá por primera vez, a fines del siglo XVI, Jerónimo de Huerta, en la traducción de la *Historia Natural*, de Plinio ². Huerta dio así carta de naturaleza en nuestra lengua a la forma latina usada por Plinio, *musmo*, *-onis*, y que ya había empleado en griego Estrabón. Cuando en el siglo XVIII Clavijo y Fajardo traduce la *Histoire Naturelle* (1749-1788) de Buffon al español, emplea también *musmón*, mientras ya en francés existía *mouflon* ³. El *Diccionario de Autoridades* aceptó, ya en 1734, la palabra *musmón*, apoyándose precisamente en la autoridad de Huerta y aplicándola a un animal

¹ Véase VITTORIO MORITTU, *Il dominatore delle montagne sardo-corse: il muflone*, en *Mediterranea*, I, núm. 5, Cagliari, 1927, pp. 30-37.

² «Ay también en España, principalmente en Córcega, el género de Musmones...» (*Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*, traducida por el Licenciado GERÓNIMO DE HUERTA. En Madrid, por Luis Sánchez, año 1624, p. 488.) Esta es la obra completa, con escolios y anotaciones, en dos tomos (el segundo, de 1629); pero la traducción de algunos libros, concretamente del VIII, cuyo capítulo XLIX se titula *Del Musmón*, se había publicado ya en 1599 y reimpresso en 1602. A 1599, por lo menos, habría que anticipar la datación de la palabra *musmón*, a la que se ha asignado hasta ahora la fecha de 1624.

³ *Historia Natural, general y particular...* por el conde de BUFFON, traducida por D. JOSEPH CLAVIJO Y FAXARDO, t. VIII, Madrid, 1789. El título del capítulo es *Musmón o musimón y demás ovejas*. Y explica en nota: «En francés, *mouflon*, voz derivada del italiano *muflone*» (p. 151).

de Córcega. (Plinio lo había atribuido a Córcega y a España, pero los doctos académicos quitaron la referencia a la propia patria, donde, en su tiempo al menos, no había ya musmones.)

Si Góngora no aceptó la forma latina y ya adaptada al español, sus motivos lingüísticos tendría. Y como prueba del escrupuloso rigor de nuestro poeta barroco, vamos a ver que el vocablo *muflón* corresponde al nombre dado a este animal en la Cerdeña española, nombre que, latinizándolo, recogen algunos humanistas del siglo xvi.

Empecemos por Juan Francisco Fara, a quien se considera padre de la historia sarda. En 1580 escribe que en su isla, entre otros animales, abunda el que Pausanias llamó *capream*, Plinio *musimorium* y Estrabón *musseronem*, y que «vulgus muflonem vocitat»¹. Y Fara no hacía más que seguir a su coterráneo Segismundo Arquer, que había publicado en Basilea, en 1550, la primera descripción de la isla, cuando ésta formaba parte de los territorios hispánicos. La vanagloriosa declaración de que esa especie zoológica es privativa de la tierra sarda y el nombre que los naturales le daban, están ya en Arquer: «Abundat... alio quodam animali quod muflonem vocant, quodque alibi in tota Europa non invenitur»².

Aparte del testimonio de Fara, válido tan sólo para la tradición cultural de la propia Cerdeña, en Arquer se basaron dos autoridades de la época, fuentes, entre otras, del abigarrado saber de nuestros literatos barrocos: Conrado de Gesner y Julio César Scalígero. Y quizá no sea muy aventurado suponer que Gesner, en 1551, aluda precisamente a Arquer cuando escribe: «Nuper apud nos Sardus quidam vir non illiteratus, Sardinia affirmavit abundare cervis, apris ac damis et insuper animali, quod vulgo muflonem vocant»³. En la historia del nombre de este animal interesa hacer constar que Gesner, en su amplia descripción, le llama primero *musmón* porque está siguiendo a Plinio; pero como este autor habla también del *ofión*, cuyas características coinciden con las

¹ *De Chorographia Sardiniae, libri due. De Rebus Sardois, libri quatuor*, Augustae Taurinorum, 1835, p. 29.

² Véase en *Cosmographiae universalis, lib. VI... Autore SEBAST. MUNSTERO*, Basilea, 1550. Es ésta la traducción latina de la obra del gran cosmógrafo protestante Sebastián Münster, que se sirvió de más de 120 colaboradores, entre ellos de Arquer, el cual tuvo así ocasión de hacer la primera *Sardiniae brevis historia et descriptio*. Poco después se publicó la traducción italiana, que no creo se deba al propio Arquer, ya que el nombre de nuestro animal está alterado, quizá por error de lectura: «... un' altra certa sorte di bestia, la quale eglin chiaman mostone». (*Sei libri della Cosmografia Universale*, Basilea, 1558, p. 273.)

³ *Historiae Animalium Liber primus. De Quadrupedibus viviparis*, Francofurti, 1602, p. 823.

del anterior, torna Gesner a decir que «hodie... muflo (vel, ut alij scribunt, Mufron) nominatur». También Scalígero, en su tratado enciclopédico contra el médico italiano Cardano, de 1557, titula el apartado en que toca el argumento que estudiamos *Muflo. Musimones*¹. Por ser anterior a la descripción de Arquer, que puso en boga el nombre usual en Cerdeña de nuestro animal, no interesa para el texto gongorino otra importante fuente del saber zoológico de nuestros clásicos, la *Officina*, de Ravisio Textor, de 1522, que menciona a los *Musimones*, para decir casi sólo que «reperiuntur in Germania»².

En textos latinos, por tanto, pero textos humanistas del siglo XVI, pudo Góngora encontrar el término zoológico que incluyó en las *Soleidades*. Vamos a ver ahora si existen testimonios romances, en lengua castellana, de este vocablo, anteriores y posteriores a Góngora.

2) *Mofrón, moflón, muflón (¿y mueyu?): historia de un nombre.*

Voy a anticipar la paradójica conclusión: la palabra *muflón*, que pervive en francés y en italiano, no siendo en estas lenguas anterior al siglo XVIII, es ignorada por la lexicografía vigente en español, donde está suficientemente documentada en el siglo XVII.

Pudiera ser el más antiguo testimonio de la misma la rara obra de Bartolomé Villalba y Estaña *El pelegrino curioso y grandeza de España*, que no llegó a imprimirse en la época, pero cuya licencia y aprobación remontan a 1577. En una entusiástica descripción de Aranjuez escribe su autor: «¿Quién os explicará tanta multitud de cosas, tanto millar de corzos, gamos, *mofrones*, cabiroles, ciervos, cabras monteses, conejos, perdices, francolines y otras maneras mil de aves?»³. Pero esta obra queda un tanto al margen en la historia de nuestra palabra por haber quedado inédita durante casi tres siglos.

De 1612 es la publicación de la obra de Martín Carrillo, Visitador del Reino de Cerdeña, que, tras su inspección y visita el año anterior por aquel territorio hispánico, envió al rey Felipe III una *Relación* importantísima, fuente indispensable de todos los que después escribieron sobre la isla. Elogia, entre otras cosas, la caza, sin parangón en Europa,

¹ *Exotericarum Exercitationum, lib. XV. De subtilitate, ad Hieronymum Cardanum*, Francofurti, M. D. LXXI, p. 664.

² *Officinae IOANNIS RAVISII TEXTORIS Epitome*, Lugduni, 1560, t. II, p. 217.

³ Página 146 de la edición hecha por la Sociedad de Bibliófilos Españoles en 1886, con prólogo de PASCUAL DE GAYANGOS. El anotador comenta dubitativamente la palabra *mofrón*: «¿Los gamos llamados *paletòs* por la hechura de sus astas?» Del *cabiro* dice: «Especie de cabra montés».

«porque ay muchos venados, jabalíes, cabiroles, que son menores que ciervos, y a su forma y talle *Moflones*, que son unos animales mayores que carneros y menores que ciervos, con el pelo y piernas de cabra, cuerpo y cuernos de carnero...», etc.¹. Por seguir a Carrillo, elogia también la abundancia de carnes en Cerdeña y escribe asimismo *moflón*, el historiador sardo en lengua española Francisco de Vico, que publicó en Barcelona, en 1639, su *Historia General de la Isla y Reyno de Sardeña*. Y no puede dejar de referirse al mismo animal el otro historiador hispanosardo del siglo XVII, el padre Jorge Aleo, en el primer tomo de los dos gruesos volúmenes que se conservan, todavía manuscritos, en la Biblioteca Universitaria de Cagliari, con el título de *Sucesos generales de la Isla y Reyno de Sardeña*, fechados en 1684.

Pero en la misma España hubo quien también tuvo en cuenta a Martín Carrillo, como el cronista de Madrid, Gil González de Avila, que, en su *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid*, de 1623, escribe, al hablar del Reyno de Serdeña (fols. 429-431), que «abunda de javalíes, venados, cabiroles, *moflones* y de otras fieras monteses». Para no interrumpir esta sucesiva cadena de herencia lingüística, le toca el turno al lexicógrafo Esteban de Terreros, el cual, apoyándose en la autoridad de González de Avila, recoge por primera y única vez, en su *Diccionario Castellano* (1787), la palabra *moflón*, que define como «cierto animal montesino»².

Como se ve, la tradición romance de esta palabra en el siglo XVII prefirió la forma *moflón*, mientras Góngora usa la forma atribuida a los sardos, la repetida por los humanistas y la que, en definitiva, había de prevalecer en otras lenguas. Naturalmente, los comentadores de Góngora —Pellicer, Salcedo Coronel y Serrano de Paz—³, acogerán el vocablo del poeta cordobés, del que existía, además, otro testimonio pregongorino: precisamente el de Huerta, el responsable de que el

¹ MARTÍN CARRILLO, *Relación al Rey Don Philipe Nuestro Señor, Del Nombre, Sitio, Planta, Conquistas, Christiandad, Fertilidad, Ciudades, Lugares, y gobierno del Reyno de Sardeña...* Impresa en Barcelona, en casa de Sebastián Matheud, año MDCXII, p. 53.

² E. DE TERREROS Y PANDO, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*, t. II, Madrid, 1787. Por esta razón, el término *moflón* era uno de los que proponía EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ en sus *Aportaciones al futuro diccionario*, en *BRAE*, XVI, 1929, p. 647.

³ *Lecciones solemnes a las obras de D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE...* por DON JOSEPH PELLICER DE SALAS, Madrid, 1630. *Soledades de D. LUIS DE GÓNGORA comentadas por D. GARCÍA DE SALCEDO CORONEL*, Madrid, 1636. *Comentarios a las Soledades del grande poeta DON LUIS DE GÓNGORA, compuestos por el doctor*

término *musmón* fuera el incorporado al español. Efectivamente, en la misma traducción de la *Historia Natural*, de Plinio, Huerta añade unas *Anotaciones*, que son de propia mano, ya en 1599, donde, tras el texto de la citada versión, acumula noticias tomadas de otros autores (Estrabón y San Alberto Magno principalmente), y declara: «Los naturales le llaman muflón, y dizen ser muy ligero» (p. 489). De la palabra, pues, que han olvidado sistemáticamente nuestros lexicógrafos actuales, se pueden aducir (en las dos formas originadas por la vacilación de la vocal inicial átona y dejando aparte el precedente tipo *mojfrón*) hasta siete testimonios impresos en el siglo XVII (Huerta, Carrillo, De Avila, Vico, Góngora, Pellicer y Salcedo Coronel), otros dos todavía manuscritos (Serrano de Paz y el P. Aleo) y la referencia de un diccionario del siglo XVIII. Y lo curioso es que tanto el nombre francés actual, *mouflon*, como el italiano, *muflone*, son mucho más recientes.

Para el francés se da como primera autoridad a Buffon, en la segunda mitad del siglo XVIII, el cual hace derivar la palabra del italiano *muflione*. Precisamente esta variante, así como *muffione*, hoy no comunes, son las que registra el ya clásico *Dizionario della lingua italiana*, de Tommaseo-Bellini, publicado entre 1861 y 1879 (con otra edición del año 1927), que todavía no acoge *muflone*. El DEI¹ data esta última palabra en 1895, mientras fecha *muflione* en 1803, si bien esta forma ya hemos visto que la aducía Buffon, como antecedente del nombre francés, entre 1749 y 1788. Cuando, en 1851, el historiador y geógrafo sardo V. Angius escribe en italiano para el nuevo reino piemontés, al que Cerdeña pertenecía entonces, nombrará así al típico animal isleño: «Il muflione (detto dai sardi *Muflone* o *murvone*)...»². Con esto llegamos a la terminología dialectal sarda sobre este animal, estudiada por Wag-

MANUEL SERRANO DE PAZ... Manuscritos núms. 114 y 115 de la Biblioteca de la Real Academia Española). No me refiero en ninguna parte de este estudio a las *Annotaciones y defensas a la primera Soledad de don Luis de Góngora* por PEDRO DÍAZ DE RIBAS, manuscrito núm. 3.726 de la Biblioteca Nacional, porque no hace ninguna aclaración y comentario a los versos que en este artículo me interesan.

¹ C. BATTISTI y G. ALESSIO, *Dizionario etimologico italiano* (DEI), Firenze, Barbèra, 1950-1957. Para el inglés, cfr. *The Oxford English Dictionary*, Oxford, 1933, donde *mouflon*, *muflon* y *mufflon* se consideran adaptaciones del francés, aduciéndose como primera datación 1774 (Goldsmith *Nat. Hist.*). En cambio, la forma *muffle* (=mouflon) se fecha en 1601 con una sola autoridad: Hoiland Pliny II 399.

² VITTORIO ANGIUS, *Geografia, Storia e Statistica dell'Isola di Sardegna*, Torino, 1851, p. 197. (Es el vol. XIX bis del monumental *Dizionario... degli Stati di S. M. il Re di Sardegna*, compilado por GOFFREDO CASALIS). Angius llama, en cambio, a la hembra *muflona*.

ner: los nombres del macho son *murvoni* en campidanés y *murone* en logudorés; *murva* es la hembra. Todos ellos se pueden explicar perfectamente, con arreglo a la peculiar fonética de cada dialecto, a partir de un tipo común, del latín tardío, *mufrone*, antecedente de todas las formas románicas que hemos considerado y que está ya documentado en Polemio Silvio, autor del siglo v¹.

Pretender explicar el nombre actual francés de este animal como adaptación de su correspondiente italiano, o viceversa (como se ha hecho en diccionarios etimológicos de ambas naciones², remontándose, a lo más, a las formas dialectales sardo-corsas) es olvidar la tradición de la Cerdeña culta, es decir, de los ambientes cultos de la Cerdeña española que, ya a partir del siglo xvi, por obra y gracia de Segismundo Arquer, difundieron por Europa la forma *muflonem*; y es este vocablo el que da lugar a la serie de descendientes románicos, todos con el grupo *-fl-*, del español, portugués, francés e italiano. Incluso puede muy bien suponerse, como se hace en un estudio reciente³, que la forma *mufronem* haya sido contaminada en Cerdeña de la peculiar característica fonética que les lleva a pronunciar *cons. + l* como *cons. + r*. Admitido esto, los hablantes latinos, al usar la forma *mufro*, pudieron corregirla en *mufló* por considerarla contagiada de pronunciación vulgar. En cambio, puede ser revisada la afirmación de Pensado de que «los derivados de *mufló* en la Península Ibérica tienen un aspecto poco tradicional y se registran tardíamente, lo que hace suponer que éstos desaparecieron pronto del uso general sustituidos por otras voces más corrientes y de ascendencia prelatina» (p. 93).

Pervivencia dialectal de las formas consideradas podría ser, finalmente, el asturiano *mueyu*. Hace poco se ha vuelto a recordar este

¹ M. L. WAGNER, *Les noms sardes du mouflon*, en *Romania*, 1906, pp. 291-293. Consúltese también, para el antecedente medieval, A. THOMAS, *Le Latereculus de Polemius Silvius et le vocabulaire zoologique roman*, en *Romania*, 1906, pp. 161-197, donde el nombre de nuestro animal aparece citado junto con otros: *ibix*, *camox*, *mussimus*, *sincirix*, *mufron*.

² Véanse, para el italiano, el mencionado *DEI*, de BATTISTI-ALESSIO, y el *Vocabolario etimologico italiano*, Milano, Garzanti, 1951, de ANGELICO PRATI; y para el francés, O. BLOCH y W. V. WARTBURG, *Dictionnaire étymologique de la Langue Française*, Paris, Presses Universitaires de France, 10^a ed., 1950. En éste se registran, como formas del siglo xvii, *muiflé*, *muifleron* y *mufleron*, esta última tomándola de OUDIN, 1660, que, en vez de traducirla, la explicó en español: «Especie de carnero en Sardeña».

³ J. L. PENSADO, *Estudios de lexicografía asturiana*, en *Archivum*, X, 1960. El núm. 14 de estos estudios es el titulado *Mueyo, «capra pirenaica»*, pp. 90-94, donde se refiere a esta cuestión.

tipo de cabra montés desaparecida en el siglo pasado de los macizos montañosos de Asturias¹. La identidad semántica podríamos garantizarla con la explicación que se ha dado de la forma, ya citada, *mofrón* («gamo paleta») y la atribución de los mueyos a «otra especie de paletos». Pero aquí nos interesa la solución lingüística. La explicación etimológica de carácter onomatopéyico intentada por Uría, dentro de la serie ya apuntada por Bottiglioni², hay que integrarla con la sugerencia de Pensado (*ob. cit.*), que no vacila en relacionar esta palabra asturiana con el término *muflón*. La mayor dificultad para admitir esta descendencia se halla en la diptongación de la *u* de *mufló*, que el citado lingüista explica por abertura de la vocal tónica a causa de la consonante labiodental, al igual que otros casos de vocal diptongada por idéntico motivo. En cambio, el porqué de la no derivación del acusativo se justifica como forma rehecha sobre el femenino *mufla*, influyendo además el que la desinencia *-onem*, con su valor de aumentativo, obliga a crear una forma regresiva.

Sólo el español, pues, siendo la única de las grandes lenguas occidentales de la Romania donde no ha pervivido el vocablo *muflón*, cuenta con una tradición más antigua y suficientemente documentada de dicha palabra.

3) La «grande propiedad» del léxico gongorino.

«Tuvieron muchos (a las *Soledades*) por oscura, intrincada y difícil de desatar: es la causa desto la grande propiedad con que el Poeta habla en cualquiera materia que toca.» Así se expresa el comentarista, todavía inédito, Manuel Serrano de Paz. Y, sin habérmelo propuesto de antemano, este estudio tiende a confirmar tan tajante afirmación.

Creo haber demostrado que en el empleo, y hasta en la forma usada, de la palabra *muflón*, Góngora ha procedido con gran conocimiento de causa, ajeno por completo a la idea de extravagancia o arbitrariedad en la que podrían hacer pensar, a primera vista, nuestros vocabularios actuales. Y si algún defecto podía tener la palabra era el de estar dema-

¹ JUAN URÍA RÍU, «El Mueyuo», «Capra pyrenaica» asturiana extinguida a comienzos del siglo pasado, en *Archivum*, IX, 1959, pp. 361-375.

² GINO BOTTIGLIONI, *I nomi del muflone e i riflessi indoeuropei della radice *MU «muggito» «ronzio», ecc.*, en *Annali delle Facoltà di Lettere e Filosofia della R. Università di Cagliari*, vol. I-II, Bologna, 1928, pp. 77-92. Uría parte de *mugitum* > *muido* > *mudio* > *mueyo*, como hay las formas *muidar* y *mudiar* procedentes de **mugitare*. El diptongo de la forma final podría explicarse por analogía con formas verbales o por atracción de nombres con *o* como *podium* > *pueyo*.

siado vinculada a un lenguaje estricto, localizado. Quizá así pueda entenderse la objeción de Jáuregui, el cual, al censurar en Góngora su «ensalada y mezcla tan disonante de estilos y sentencias», parangonando «lo humilde y vulgar con lo terrible y remoto», incluye, entre «tan domésticos modos», el término *muflón*¹.

El segundo vocablo desconcertante para la sensibilidad lingüística moderna es el verbo *tregar*, que, en el significado vigente, ya normal en su tiempo, hace ilógica la expresión «tregar de las rocas a la marina». Un nuevo recorrido por los diccionarios y enciclopedias actuales, incluida la vasta *Enciclopedia del Idioma*, no nos resuelve la cuestión, al no ir más allá del valor usual del vocablo². Pero en el diccionario de Covarrubias, de 1611, está perfectamente aclarado el significado hoy desaparecido de *tregar* en el sentido que Góngora le da: *voltear*³. Corominas, en su *Diccionario crítico etimológico*, alude al antiguo significado de la palabra, que considera ya desaparecido en el siglo xvii, y, refiriéndose al «sentido moderno», dirá textualmente: «desde luego éste es ya el sentido en Góngora». El error proviene del *Vocabulario de las obras de don Luis de Góngora y Argote* (Madrid, 1930), compilado por Bernardo Alemany y Selfa, en el que se basa Corominas y que incomprensiblemente no registra ni el pasaje ni la acepción que comento. De este modo, se les escapó entre los dedos a críticos y lexicógrafos actuales el profundo y exactísimo significado de este *tregar* gongorino, con el valor que ya

¹ JUAN DE JÁUREGUI, *Antídoto contra las Soledades*, en J. JORDÁN DE URRÍES, *Biografía y estudio crítico de Jáuregui*, Madrid, 1899. Pero buscaríamos en vano, en este texto impreso, la palabra *muflón*, que figura en cambio, en el *Antídoto contra la pestilente poesía de las Soledades*, manuscrito 5.566, fols. 253-313, y manuscrito 3.726, fols. 224-348, ambos en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y no sólo es el término *muflón*, entre los condenados por Jáuregui, el que falta en el *Antídoto* editado en la monografía de Jordán de Urríes, sino también otros como *bachillera*, *cola*, *cuchara* y *quesillo*. Este texto impreso, por tanto, no puede merecer absoluta confianza por no haberse hecho una previa colación de los diversos manuscritos. Recientemente, EUNICE JOINER GATES, en *Documentos gongorinos*, El Colegio de México, 1960, publica los *Discursos apologéticos* de Pedro Díaz de Rivas y el *Antídoto* de Jáuregui, este último según el citado Ms. 3726, que «representa una versión posterior del *Antídoto*», corregida por el propio Jáuregui, y que resulta «muy semejante a la primitiva» (p. 81), o sea, a la editada por J. de Urríes.

² Sin embargo, justo es consignar que en esta última obra figura una acepción que tiene inmediata relación con el significado que nos interesa: «AND. Caer de espaldas.»

³ «Vale tanto como boltear y díxose de trepa, que es cierto modo de guarnición, la qual va dando bueltas por las orillas del vestido» (SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana*, edición preparada por MARTÍN DE RIQUER, Barcelona, 1943).

ni el mismo *Diccionario de Autoridades* recogió en 1739. De los comentaristas del siglo XVII, Salcedo Coronel no se plantea el problema; Pellicer sustituye ese verbo, en la explicación del pasaje, con un expresivo «se arroja» sin precisar más; y Serrano de Paz, más escrupuloso que los anteriores, aclara que *trepar* «significa subir y baxar por una cosa muy dificultosa... y también significa andar a saltos y bueltas» (fol. 648).

Lo contrario de la palabra estudiada, en la que una acepción ya arcaica en la época de Góngora no fue recogida a partir de entonces en los diccionarios usuales, ocurre con el adjetivo *bipartido*. Ahora nos encontramos ante un neologismo, quizá incorporado por el mismo Góngora a la lengua española, sólo tardíamente admitido en el léxico oficial. No figura en el *Tesoro lexicográfico* de S. Gili Gaya, lo que equivale a decir que no había sido nunca registrado antes del siglo XVIII. Incluso en este siglo, la primera edición del diccionario de la Academia, o sea el de *Autoridades*, no lo acoge en 1726. Pero sí le da entrada oficial la segunda impresión del *Diccionario*, de 1770, aduciendo como única autoridad el *Poema de la Proserpina*, de don Pedro Silvestre. ¡Y eso que este poema es de 1721 y el endecasílabo citado es una servil derivación de Góngora, «la bipartida huella del cochino»! El reiterado olvido de nuestro poeta empieza a parecer sorprendente; pero hay aún mucho más. En el único tomo publicado del *Diccionario Histórico*, de 1936, también de la Academia, abundan las autoridades que garantizan nuestro adjetivo; además de P. Silvestre se cita a Lobo, 1717 («bipartida cumbre»), y a Feijoo, 1726 («barba... bipartida»), y a Villarroel, y a Zorrilla, e incluso hay un ejemplo representativo, de 1635, del conde de Villamediana: «el bipartido rayo»; y nada más. A Góngora, que es autoridad más antigua que las aducidas y que usó otra vez más este adjetivo, según el *Vocabulario* de Alemany, se le ignora. ¡Para qué insistir con la repetidamente citada *Enciclopedia del Idioma*, donde se da al adjetivo *bipartido* como documentado en los siglos XIX y XX y atribuido, como primera datación, a Zorrilla!

Góngora pudo haber adaptado esta forma directamente del latín *blpartitus* o haberse servido de modelos italianos: «che giunta par che bipartita cada» (*Orl. Fur.*, XLVI, 91), verso de Ariosto imitado por Tasso: «e fa che quasi bipartito ei cada» (*Ger. Lib.*, XX, 33). El propio Tasso utilizó el adjetivo una vez más para referirse a las dos partes en que queda dividida, sobre las blancas vestiduras, la capa pluvial de dos obispos: «che bipartito sovra i bianchi lini...» (*Ger. Lib.*, XI, 4).

Jáuregui, que no pierde ocasión en su *Antídoto* de censurar a Góngora y de elogiar a Tasso, no tiene en cuenta que es mucho lo que del poeta italiano pasa al español; y en este caso concreto, la «bipartida seña»

pertenece a las expresiones que Góngora, según Jáuregui, mezcla con lo «humilde y vulgar». Y no sólo por el adjetivo, sino también por el nombre que acompaña: «También este vocablo *señas* lo usa Vm. con extravagancia en tantas partes que es cosa molesta»¹.

En cuanto a la palabra *marina*, lo más prudente es considerarla en su acepción normal de «ribera del mar», como la entiende el mismo Serrano de Paz. En italiano, idéntica palabra significa la parte del mar cercana a la costa, pero sin duda alguna hay que descartar esta posibilidad en nuestro texto. Si acaso, podríamos estar tentados a considerar la observación de Amezáa comentando un pasaje de Cervantes, en el que «*marina* parece significar campiña o terreno llano, extenso, sin accidente, semejando al mar, aunque estuviese lejos...»². La observación no sería descabellada aplicada al texto gongorino, en el que, por otra parte, mal se cuadra la idea del mar unida a los riscos montañosos de Cerdeña. Quizá *la marina* ha sido atraída poéticamente por *las rocas*. Lo indudable es que el poeta pretende contraponer lo escarpado y escabroso de la roca a la lisa plenitud de la marina. Lo que aún falta por aclarar es el porqué en esa arena o en esa tierra no quedan impresas las huellas del animal.

4) *Aclaración de la alusión recóndita.*

Comprobado el exacto alcance de las palabras usadas por Góngora y hasta el regusto que tienen de innovación, de arcaísmo o de rareza, queda el punto que se refiere al significado de la alusión gongorina: la explicación de que el muflón no deje, al tirarse, dando vueltas, desde las altas rocas, ni la más pequeña señal de la hendida pezuña. Si Góngora fuera un ingenio acumulador de dificultades inconexas, podríamos creer

¹ Cita Jáuregui nueve ejemplos de este uso, y el último es el de los versos del presente comentario (p. 162 de la ed. cit.). GONZALO SOBEJANO, en cambio, en *El epíteto en la lírica española*, Madrid, Gredos, 1956, refiriéndose a este endecasílabo, dice que Góngora es capaz de «dejar perfectamente marcada en la imaginación la huella de la pezuña, aunque Jáuregui le censurase el adjetivo, que es de todos modos felicísimo» (p. 322).

² El texto de *El coloquio de los perros* aludido es el siguiente: «Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores, y todos los demás de aquella *marina*, tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros» (p. 297). AMEZÁA, tras indicar el valor que atribuye a la palabra, añade: «De valer esta acepción cervantina, sería única, pues ni en los diccionarios ni en los escritores me he tropezado esta voz *marina* con el sentido y valor en que aparentemente Cervantes hace aquí uso de ella» (*El casamiento engañoso y El coloquio de los perros*, ed. crítica por AGUSTÍN G. DE AMEZÁA, Madrid, 1912, p. 471).

que no existe una efectiva relación entre la caída del animal y la ausencia del rastro de sus pies. Se trataría, si acaso, de una lejana vinculación poética, más o menos arbitraria, en la que, a través de la conexión mental *velocidad = vuelo*, se dedujera la falta de contacto entre los pies y la tierra. Mi propósito, en cambio, es demostrar que Góngora juega realmente con alusiones a datos de no común cultura, con los cuales se establece un vínculo de sentido lógico que, ajeno a sugerencias impresionistas, da consistencia a la significación del contenido poético.

Las fuentes antiguas, o sea, las autoridades clásicas del mundo greco-latino —Estrabón, Plinio, Eliano, Solino—¹, no aluden a ninguna característica especial del musmón que esté en relación con el hecho que comento. Las dos autoridades humanísticas en las que se basa el comentario de Salcedo Coronel son los mencionados Gesner y Scalígero: el primero hace una amplia descripción del animal e incluso intercala un vistoso grabado; pero no va más allá de la minuciosa descripción externa. Tampoco añade nada nuevo Scalígero a no ser la diferencia que establece entre muflón, musmón e íbice², aclaración que nos lleva al nombre de un tipo de cabra característica de la Península Ibérica. Se trata del íbice, al que ya se refirió San Isidoro. Al musmón sólo le cita cuando alude a los animales bigéneres o híbridos de cabra y carnero («musmo ex capra et ariete»). Pero, en cambio, al tratar de la cabra montés o íbice, destaca su gran ligereza y las altas cumbres en que viven; de aquí, según la etimología isidoriana, el nombre de íbices, «quasi avices», ya que, a manera de las aves, viven en alturas adonde no puede llegar el hombre. Y estos animales, cuando se ven acosados por fieras o por hombres, «de altissimis saxorum cacuminibus sese praecipitantes in suis cornibus inlaesa suscipiunt»³. Esto del precipitarse de lo alto, dando con los cuernos y saliendo ileso, empieza a parecerse significativo. Tradición ésta que debe venir de muy antiguo⁴

¹ No se refiere a nuestro animal la traducción hecha por CRISTÓBAL DE LAS CASAS del libro de CAYO JULIO SOLINO *De las cosas maravillosas del mundo*, Sevilla, 1573. Tampoco figura el musmón en el «Index nominum et rerum» del libro *Aeliani De Natura Animalium*, Parisiis, MDCCCLVIII.

² Dice que el muflón «non est idem cum Musimone, aut cum Ibice» (*ob. cit.*, página 664.).

³ *Etymologiarum sive Originum*, Liber XII, *De Animalibus*. Puede verse la traducción de LUIS CORTÉS Y GÓNGORA. Madrid, BAC, 1951.

⁴ En la *Historia general de aves y animales, de Aristóteles Estagirita*, traducida de latín en romance por DIEGO DE FUNES Y MENDOÇA, Valencia, 1621, se dice que la *ibis* es semejante a la cabra montés y que «es tan ligera y fuerte que aunque cayga de muy alto, y dé en peñas, no se haze mal», p. 357. Como se ve, cosa frecuente en el castellano antiguo, el traductor confunde el nombre de *ibis*, ave

y que todavía recoge, basándose, entre otros, en el propio San Isidoro y en San Alberto Magno, Conrado de Gesner en su fundamental *Historia Animalium*.

Góngora pudo haber echado mano del íbice, pero no lo hizo. Y por lo que me consta a través de los testimonios consultados, no encontré referencias a cualidades extraordinarias del muflón ni en las fuentes clásicas, ni en las medievales, ni en las humanísticas. Vamos ahora a seguir la pista a través de otra herencia cultural, la representada por la serie de escritores pertenecientes a la tradición sardo-hispánica: sardos que escribieron sobre su isla cuando ésta formaba parte de las monarquías hispanas y españoles que trataron del reino hispánico de Cerdeña. Son los siguientes: Arquer y Fara, en latín; Carrillo, Vico y Aleo, en español: todos sardos, menos Carrillo. Arquer, al que siguió muy de cerca Gesner, no alude a ninguna cualidad fantástica del muflón. Tampoco Fara, a pesar de que cita a Estrabón, Pausanias, Plinio y Textor, supera lo dicho por Arquer, limitándose a la simple descripción: pelo, piel, cuernos, alimentación y su bien reconocida velocidad.

Con Martín Carrillo, el primero que escribe en español un tratado sobre Cerdeña y sus peculiaridades, se abre un nuevo campo en la concepción del animal sardo, al asignarle una característica hasta ahora no mencionada, coincidente con la atribuida al íbice: tras la habitual comparación con la cabra y el ciervo dice que los *mojflones* tienen «la cabeza pequeña, y tan fuerte, que quando los siguen se arrojan de una peña por alta que sea, y dan con la cabeza y cuernos en peñas, sin hazerse mal alguno» (*ob. cit.*, p. 53). Plinio había dicho, en cambio, según la traducción de Huerta, que tienen «la cabeza muy flaca y débil y por esto los hazen que no pazcan contra el Sol», por lo que la aserción de Carrillo supone un cambio de rumbo en los atributos del animal. No he logrado encontrar la fuente de Carrillo, si es que se basó en algún testimonio escrito. O atribuyó al muflón sardo la fantástica capacidad del íbice hispano o se pudo haber basado en alguna tradición oral de la misma Cerdeña, aunque hoy no me consta que tal tradición perviva. Podría fortalecer esta segunda hipótesis el que los dos historiadores sardos en lengua española del siglo XVII repitan con casi idénticas palabras

zancuda del Nilo consagrada a la diosa Isis, con la cabra montés *íbice*. El mismo SAN ISIDORO, aunque habla aparte de «Ibis, avis Nili fluminis», mezcla ambos conceptos tratando de los íbices «qui Nili fluentis inhabitant». Si la forma *ibis* es griega, *ibex* es forma hispanolatina, con la que está emparentada *(i)*bicerra*, de la que provienen el asturiano *bicerra* (cabra montés) y el español *becerro*.

tal extraordinaria cualidad del muflón para huir presurosamente del peligro¹.

Hemos llegado al punto final de la búsqueda. Y una vez más cabe admirar la justeza, la precisión, la «propriedad con que el poeta habla». Sólo quien se encontrara en el punto central del saber zoológico del tiempo en torno al típico animal sardo podía restituir a cada palabra su verdadero y profundo significado y captar el alcance de la alusión. Ahora sí que sabemos que ni la arena ni la tierra pueden recibir la huella del pie del muflón en la caída porque es la cornamenta la que recibe el golpe; ahora sí que comprendemos por qué el animal se precipita *volteando*. Los comentaristas de la época tampoco vieron completamente claro. Salcedo Coronel se limita a decirnos qué clase de animal es el muflón². Pellicer estaba en el secreto; algo sabía o había oído; pero es precisamente su falta de información sobre el muflón lo que le lleva a vaguedades y a inexactitudes, como la que le señalaba el sardo Francisco de Vico, la de imaginarse un animal de un solo cuerno en la frente³. Serrano de Paz era, finalmente, el que estaba en mejores condiciones para interpretar justamente el pasaje, porque sabe apreciar cada elemento aislado en su exacto valor; no sólo, sino que es el único que conocía además el libro de Carrillo, en el que se hallaba la clave de la cuestión; pero, obsesionado con la archirrepetida ligereza del animal, se pierde en injustificados razonamientos y pretende establecer la relación

¹ FRANCISCO DE VICO, en su citada *Historia general de la Isla* (1639), se expresa así: «Cácase con mucha dificultad, porque demás que su habitación es en lo más arriesgado de los montes, su ligereza es increíble, y si los caçadores o perros le ponen en apretura, confiado de la fortaleza de sus cuernos, se arroja del mayor precipicio, y dando sobre los cuernos, no assí resalta la pelota, como él se levanta corriendo con ligereza que certifica aver salido del salto sin peligro, dexando burlados caçador y perros. Este es el animal cuya noticia escribió se avía perdido en España por no tenerla de Sardeña» (fol. 11). El P. ALEO, en su también citado manuscrito *Sucessos generales* (1677), insiste en que los muflones tienen una cabeza tan fuerte «que quando los siguen caçadores y perros, se arrojan del mayor precipicio, dan con la cabeza y cuernos en peñas, y sin hacerse mal ninguno, con ligereza escapan del peligro» (p. 45).

² «... Muflón de Cerdeña, que trepa desde las rocas a la marina, sin dexar ni aun bipartidas señas de su ligero pie, respeto de su velocidad. Muflón es un animal velocíssimo..., etc.» (*ob. cit.*, p. 193).

³ «Es un animal de Cerdeña tan cauteloso que, perseguido por los caçadores, se penetra por las breñas, y porque no le sigan por las huellas, se dexa caer sobre un cuerno que tiene en la frente, dando en una roca, y desta suerte se arroja a la marina, sin dejar señal del pie hendido, como apunta D. Luis» (*ob. cit.*, col. 518). Refiriéndose a los dos cuernos del animal, añadía VICO en su *Historia*: «Uno, dixo Pellicer, por no averlo visto.»

de sentido entre la falta de huellas y la velocidad, como si el poeta hubiera imaginado al animal yendo por el aire¹. Interpretación no descabellada, de no existir el texto convincente de Carrillo. Precisamente, en la edición de Pellicer, el último verso de los comentados («del pie ligero bipartida seña») aparece con esta variante: «del pie *partido* bipartida seña»; la idea de ligereza no asoma por ningún sitio, y sí la reiteración de lo hendido de la pezuña: que no queda ni la menor señal, y precisamente del pie, es el concepto que Góngora pretende hacer destacar.

Para poder interpretar rigurosamente dicha oculta relación había que estar en posesión de una no vulgar cultura. Había, por ejemplo, que conocer la *Relación* de Martín Carrillo, publicada en Barcelona en 1612. En mayo de 1613, Góngora, desde Córdoba, enviaba a Madrid, a Pedro de Valencia, el *Polifemo* y la *Soledad Primera*. El *Polifemo* era ya conocido entre algunos amigos, pero «la *Soledad Primera* debió ser enviada a Pedro de Valencia pidiendo consejo antes de pasar a divulgarla»². No es, pues, ni mucho menos improbable que Góngora conociera la *Relación* de Carrillo, en la que pudo haberse inspirado para la alusión estudiada. No le siguió, en cambio, en la adopción de la forma más vulgar *mojlón*, prefiriendo la forma culta de la Cerdeña española, latinizada por los humanistas y recordada por Huerta, *muflón*.

Si así fuera, quedaría también al descubierto el previo cultivo mental de Góngora como preludeo de su inspiración. Su barroquismo intelectual podía servirse de los datos tomados de una obra recién publicada sobre una especie zoológica típica de un oscuro territorio hispánico, para hacer a ellos una oculta referencia, turbia mientras esos datos de cultura graviten fuera de la órbita del lector, pero diáfana y precisa cuando se parte del mismo substrato cultural del que partió el genial

¹ «Dél afirman excede en velocidad a los demás animales todos; y se la da grande el Poëta, quando dize... que es lo mismo que dezir que anda por el ayre sin pisar la tierra.» Señala que las acepciones de *trepár* se acomodan al muflón, «que ya camina trepando por las rocas y dando saltos de unas en otras para baxar a la Marina...; y siendo este modo de andar tan trabaxoso que a dos bueltas es necessario el descansar y pararse: no assí el Muflón, que lo executa con tanta ligereza que no dexa ni en las rocas ni en la arena la más pequeña señal de su ligero pie, que tiene como las cabras..., y assí la uña dél partida en dos partes, y assí la llama el Poeta... porque la estampa del pie á de responder al mismo pie» (*ob. cit.*, fols. 647 v. y 648 r.)

² DÁMASO ALONSO, *Góngora y la censura de Pedro de Valencia*, en el volumen *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, 1955, p. 289 n. En el mismo volumen puede verse, en relación con la nota anterior, el artículo titulado *El doctor Manuel Serrano de Paz, desconocido comentador de las «Soledades»*.

poeta cordobés. Por eso, esa sorprendente «propiedad» gongorina es, paradójicamente, una de las causas de su gran dificultad.

5) *Resumen y conclusiones.*

Tras la minuciosa serie de datos aportados se imponen al final unas breves conclusiones de carácter lingüístico y literario. Góngora sigue siendo un maestro de técnica poética y lingüística y no debemos renunciar a la lección que nos brinda el análisis de sus versos.

Primera: El término *muflón*, forma sarda culta desde el siglo XVI en adelante, que adoptan los humanistas y que utiliza Góngora y otros autores españoles del siglo XVII antes de su incorporación al francés y al italiano, debe ser admitido y registrado en los diccionarios de lengua española.

Segunda: La palabra *trepár* aparece todavía usada por Góngora con su antigua acepción, de sentido casi contrario al actual, a pesar de lo afirmado por algunos lexicógrafos modernos.

Tercera: El adjetivo *bipartido*, al que se le han señalado diversas autoridades, debe remontarse por lo menos hasta Góngora, que es probablemente su introductor en la lengua castellana.

Cuarta: Por lo que se refiere a los versos estudiados, de los comentaristas clásicos de Góngora resulta el más minucioso Serrano de Paz, y el que más se anduvo por las ramas, Salcedo Coronel.

Quinta: En cuanto a las fuentes utilizadas, Góngora parece servirse a veces de textos muy recientes y portadores de una cultura no usual a la que se permite hacer una referencia encubierta no perceptible a primera vista.

Sexta: Góngora, lúcidamente consciente del valor fónico y semántico de cada palabra, da una evidencia casi matemática al entramado de la alusión, sólo explicable cuando se está en posesión de todos los hilos de la trama. *

JOAQUÍN ARCE

* Ya compuesto este artículo, aparece una nueva contribución al problema que yo he planteado en torno al texto del *Antídoto* de Jáuregui. Me refiero a Robert Jammes, *L'«Antidote» de Jáuregui annoté par les amis de Góngora*, en *Bulletin Hispanique*, LXIV, 1962, pp. 192-215. Como mera integración a lo ya señalado, pongo a continuación los seis manuscritos que conoce del *Antídoto* el ilustre hispanista francés: 1) El 3910 de la Biblioteca Nacional de Madrid, utilizado en su edición por Jordán de Urríes; 2) El 1685 de la Biblioteca de la Diputación Provincial de Barcelona, igual al anterior; 3) El 3726 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que es la versión primitiva, publicado E. J. Gates; 4) El 5566 de la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del precedente; 5) El 3965 de la Biblioteca Nacional de Madrid, parecido, aunque con variantes, a los dos precedentes, y el 6) El 2006 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, también semejante a los tres últimos.